

Pero ante todo, ¿el principal motor de la carnicería era el fanatismo religioso ó la ambición de poder? Voltaire no considera más que la acción del fanatismo, opinión común á los filósofos del siglo XVIII. No obstante, De-Thou, la Popelinière d'Aubigne, Tavannes, y el mayor número de los autores de memorias, que tomaron parte en los negocios de Estado, se quejan además de la insolencia del partido calvinista, como también de la conspiración del almirante Coligny y de los suyos, conspiración que Carlos IX sofocó en sangre.

Según esta hipótesis, sostenida por Caveirac, De-Thou y Lingard, la religión no tuvo ninguna parte en esta matanza. En efecto, no se ven concurrir al consejo secreto que la dispuso, ni cardenales, ni obispos, ni sacerdotes, sólo á hombres políticos dirigidos por una mujer depravada, educados en los principios de maquiavelismo, y poco interesados en la pureza de la religión, en atención á que sus costumbres y sus almas estaban muy corrompidas.

Si estamos acostumbrados, añaden estos escritores, á considerar esta grande efusión de sangre como la obra del catolicismo, es dando crédito á Voltaire, para quien todos los medios son buenos para ultrajar á una religión que detesta. Lingard y Caveirac no consideran, pues, en este acontecimiento más que una proscripción, y en los ministros de la venganza real más que á sicarios políticos; no distinguen ni furor religioso, ni manos armadas de puñales y crucifijos. Criminales de Estado, súbditos rebeldes insurreccionados contra su monarca con objeto de asustarle con la amenaza é imponerle su voluntad, perecieron los calvinistas en una proscripción común, heridos de un golpe semejante al que hizo caer en un día la cabeza de seis mil romanos bajo la espada de Sila.

Si este punto de vista parece probable, y da una explicación plausible á un acontecimiento extraordinario, otros varios argumentos se suscitan en su contra. Estos argumentos resultan de las felicitaciones mandadas por los príncipes católicos desde una estremidad á otra de Europa, solemnes acciones de gracias dadas á Roma, la procesión que se hizo por Gregorio XIII desde la iglesia de San Marcos á la de San Luis, y la medalla acuñada para eternizar la memoria de este acontecimiento. Pero el abate Caveirac sostiene que todas aquellas demostraciones de alegría y gratitud no tenían otro objeto y principio único y verdadero, que el descubrimiento de una estensa conspiración tramada contra el rey por los hugonotes, y particularmente por su jefe Coligny.

Los calvinistas sostienen que la conspiración era un fantasma, un miserable pretexto, y que todas las acciones de Coligny y todas sus palabras fueron las de un súbdito fiel. El rey permanecía en guardia contra las asechanzas de Felipe II, y si los caballeros calvinistas estaban armados, es muy natural que personas perseguidas no presentasen pacíficamente su garganta á los verdugos. Cuando tenían por enemigos mortales á toda la familia de los Guisas, á la reina madre, á la corte y al pueblo, ¿quién podría hacerles un cargo de haberse mantenido á la defensiva? El trono no tenía nada que temer del protestante Coligny; pero no sucedía lo mismo á los príncipes católicos de la familia de Lorena. Dicen además que, siendo débil el protestantismo, era mucho más necesario á los hugonotes defenderse de los enemigos que les rodeaban.

Los católicos contestan que el almirante era el jefe de una revolución no interrumpida hacia algunos años, con objeto de trastornar á la Francia, poner al rey en tutela y cambiar de religión. En efecto, ¿no había organizado en todo el reino una estensa filiación protestante, que obedecía á una señal de su mano y le convertía en un segundo rey de Francia? ¿No tenía en las provincias gobernadores á sus órdenes, recaudadores de impuestos, tenientes, subtenientes y consejeros? ¿A qué súbdito le es permitido erigirse en segundo amo? ¿Qué monarca hubiera tolerado esta peligrosa é ilícita rivalidad? Véase lo que pensaba con respecto á esto Carlos IX, y cómo se espresa en su carta á M. de Schomberg:

«El almirante era más poderoso y mejor obedecido que yo, pudiendo, por la gran autoridad que había usurpado, sublevar á mis súbditos y armarlos contra mí cuando le convenía, como me lo había manifestado varias veces. Habiéndose abrogado él tal poder sobre mis súbditos, no podía llamarme *rey absoluto*, sino sólo dueño de una parte de mis Estados. Si Dios ha querido libertarme de él, debo alabarle y bendecirle por el justo castigo que ha impuesto al almirante y á sus cómplices. Como me era imposible soportarlo más tiempo, he resuelto dar rienda suelta á la justicia, como á la verdad, no lo hubiera yo creído, pero era inevitable en semejantes circunstancias.»

«Su majestad, dice Bellievre, hablando con algunos de sus servidores, de cuyo número era yo, decía, que cuando se veía amenazado se le erizaban los cabellos.» Señales del mismo terror que el almirante inspiraba á Carlos IX se encuentran en Brantome, Tavannes y Montluc, hombres de Estado de aquella corte.

¿Quién no hubiera tomado por una insolencia, por una tiranía premeditada, por una insostenible é injuriosa bravata estas palabras de Coligny, á su soberano? *Señor, haced la guerra á los españoles, ó nos veremos precisados á hacerosla á vos.* ¿No trató de anonadar el poder de Catalina? Cuando esta mujer, que no vivía sino para reinar, se vió amenazada en lo que le era más querido, puso por obra todos los medios para aniquilar á sus enemigos, secundada por el celo de algunos cortesanos, y entre otros por Tavannes. Habiendo dicho el rey un día á este último que uno de sus súbditos le ofrecía

diez mil hombres para hacer la guerra en los Países-Bajos, creyendo que sólo Coligny podía hacer semejante oferta, le contestó: *Señor, deberíais hacer caer la cabeza del súbdito que os dirige semejantes palabras. ¿Qué derecho tiene para ofreceros lo que es vuestro? Esta es una señal manifiesta de que los ha seducido y corrompido, que es jefe de partido con perjuicio vuestro, y que ha ganado esos diez mil hombres vuestros súbditos, para servirse de ellos en caso de necesidad contra vos?*

Recapitemos los problemas planteados:

- I. ¿Se han exagerado los horrores de aquella funesta noche?
- II. ¿Los protestantes perecieron como rebeldes ó como herejes?
- III. ¿La ejecución fué premeditada ó no? ¿Los verdugos obedecieron á un impulso exterior, á su propia voluntad ó á la sed de sangre?
- IV. En fin, ¿las masas deben ser consideradas como más culpables que los que las dieron impulso?

¿El crimen fué nacional ó individual? ¿político ó religioso? ¿pertenece á una corte ó á un siglo?

¿Cuál era entonces la situación de la Europa y el movimiento general de las naciones? Los partidarios de lo pasado, fieles á los dogmas de la religión de sus padres, luchaban por todas partes con vigor contra los fautores de innovaciones, de la duda protestante y de la libertad de creencia. Este doble sentimiento se desarrollaba con arranques de energía apasionada, fecundos en crímenes. Si la España católica quemaba en la plaza pública á los sospechosos de herejía, los anabaptistas degollaban en Munster, en nombre de Dios, á los ancianos, mujeres y niños. Si los doctores de la Sorbona condenaban á muerte á los que negaban su símbolo, Calvino enviaba al suplicio á Miguel Servet, que comprendía de otra manera que él la Trinidad. A la idea protestante se unía en todas partes la de emancipación y de libertad; á la fe católica se implicaba estrechamente la idea de la autoridad y obediencia. Roma, París y Madrid, sedes de la religión católica, se llenaron de furor contra Wittemberg, Basilea y Londres; toda la Europa se presentó dividida en dos campos, el uno partidario de lo pasado, el otro del porvenir, que no se aseguó sin luchas, violencias, innovaciones y angustias.

Con respecto á la masa del pueblo en Francia, el catolicismo era su vida moral, la sanción de lo pasado y de lo porvenir, el culto paterno, la garantía de todos los derechos. Para la nación española era la nacionalidad, la emancipación del poder de los moros, el estandarte de Pizarro, de Colón, de Vasco de Gama. ¡Cuántas pasiones se sublevaron, inquietas, terribles, sanguinarias, dispuestas á todo, cuando penetrando la innovación de Lutero en todos los ánimos, atacó al mismo tiempo al catolicismo, la creencia íntima del hombre de las clases medias, el motor más eficaz del hombre de guerra! Todo lo que constituía la felicidad de los unos, el apoyo, la esperanza ó la ambición de los otros, se encontraba entonces reunido; la masa de las inteligencias comunes, la multitud de las almas tímidas ó tiernas, de los hombres que prefieren mejor creer que razonar, se asustaron con justa razón. Los grandes los débiles, los pobres, los hombres de las clases medias, los artesanos, todos temblaron, y todas las religiones de la Europa caminaron bajo un estandarte común.

Por otra parte, este movimiento lisonjeaba á la libertad del espíritu humano. Los eruditos que se complacían en el exámen de su creencia, los pequeños príncipes seducidos con sacudir un yugo y una autoridad que les oprimía, los ánimos atrevidos, á quienes inducía la novedad, ciertos reyes que esperaban llegar á ser papas á su vez, y elevar altar contra altar, formaron una falange militante de protestantes y se manifestaron tanto más terribles cuanto mayor resistencia experimentaban por todas partes.

Ambos partidos enarbolaban diferentes colores políticos, y parecían separados en virtud de su clase social. En Francia, los nobles de las provincias, descendientes de los señores poderosos en otra época, y privados de su autoridad feudal por el movimiento que se había verificado desde Carlos VI, hallaron en el nuevo culto una especie de independencia, de aislamiento y superioridad que les halagaba. Sin declarar precisamente la guerra al trono ni al pueblo, se colocaron en una línea particular para atacar á uno y á otro. Temibles por su carácter, por su táctica y por su valor, por sus relaciones y su crédito, formaban una línea unida por el vínculo sagrado de una creencia común, y desde entonces muy de temer de una corte muy depravada é inconstante. A estos caballeros se unían las personas instruidas, que haciéndose calvinistas, se emancipaban de esta manera de la nobleza que los rechazaba y del pueblo cuya ignorancia despreciaban. La distinción del talento, la elevación del carácter, el orgullo, la ambición, tal vez algo de envidia, todos estos elementos se combinaban en el partido protestante en Francia.

La sangre principió á correr desde el momento en que las dos masas llegaron á las manos. Entonces comenzaron los crímenes. Príncipes, sacerdotes, pueblos fueron culpables á la vez atribuyendo cada uno la primera culpa á su adversario y entregándose á ardientes recriminaciones; á la lucha de las ideas sucedió la lucha material, que multiplicó los cadáveres. Los historiadores cometieron la falta de defender la causa, ya de los protestantes, ya de los católicos; Varillas y Voltaire provocaron el juicio de la posteridad imparcial, que les pesó en la misma balanza; y á la posteridad le pareció ver por ambas partes espadas teñidas de sangre, y creyó reconocer en aquel combate á muerte, no los críme-

nes de una secta, sino los desafueros de una corte; no las instigaciones del fanatismo, sino las eternas pasiones de la humanidad.

La matanza de Vassy, que cada uno de los dos partidos achacaba al otro, dió la primera señal, y los protestantes del Mediodía ejercieron al momento las más atroces crueldades contra los católicos; los católicos del centro no permanecieron ociosos, y por todas partes hubo emulación en cometer insultos y crímenes; ¿quién quedó vencedor en la lucha? ¿a quién debe adjudicarse la palma del asesinato? Difícil sería decirlo. Si las víctimas católicas fueron menos en número que las protestantes, fué solamente porque la multitud era católica. En unos había obstinacion de rebelion, en otros obstinacion de furor. En 1567 y 1569, las calles de Nimes quedaron teñidas de sangre católica. Una espantosa matanza, que las personas del pais llamaron la *Miguelada*, se organizó por los protestantes el dia de San Miguel de 1567. Los católicos encerrados bajo buena custodia en las casas consistoriales, fueron degollados en ellas por sus enemigos con una horrible regularidad, que recuerda las matanzas de setiembre, en la época de la Revolucion. Se les hizo bajar uno á uno á los sepulcros de la iglesia donde los religiosos los aguardaban, para atravesarlos á puñaladas; hombres provistos de antorchas estaban colocados en la flecha y en las ventanas del campanario para iluminar mejor aquella escena de carniceria, que duró desde las once de la noche hasta las seis de la mañana.

Los mismos crímenes se renovaron bajo diferentes formas en toda la Francia, sin que sea posible afirmar qué partido tomó la iniciativa. En los puntos donde el protestantismo constituía el partido principal, los católicos sucumbieron; la superioridad fué de los católicos donde, como en París, los protestantes estaban en minoría. Maurevet asesinó á Coligoy, y Peltrot al duque de Guisa. Precisados los hugonotes á organizarse para su defensa, redujeron al trono y la corte á la última estremidad, de tal manera, que el rey no representó ya ninguno de los intereses que agitaban violentamente á la muchedumbre. A la derecha é izquierda de la corona real surgieron dos coronas, la del protestantismo sobre la cabeza de Coligny, la del catolicismo sobre la del duque de Guisa. Desprovista la corte de fuerzas se puso sobre las armas, y la astucia de Catalina de Médicis representó maravillosamente la política pagana del siglo. Así fué que por una parte estaba la galanteria, la voluptuosidad, el libertinaje, la depravacion de la corte, y por la otra la severidad aguerrida, la tenacidad rebelde, la indomable firmeza de los protestantes, en fin, el fanatismo popular y el celo inflamado de los católicos. Uniéndose el trono alternativamente á cada uno de los partidos, permanecía siendo respetado en la apariencia, y despreciado en el fondo; fué cómplice de todos los crímenes que pretendía reprimir; cómplice de la rebelion que no castigaba, cómplice de la matanza de San Bartolomé que urdia con los católicos.

En este estado de cosas, si se hubiese dicho á la corte que para conquistar el poder era preciso que profesase el protestantismo, la corte hubiera sido protestante; corte disoluta, en la que el mismo rey, a pesar de su severidad católica, tenia una vida tan poco digna de un cristiano, en la que no habia más que bailes, máscaras, banquetes preparados por cocineros italianos, cantares que se entonaban durante la noche, visitas á astrólogos, duelos, refinamientos de molicie, *flores de placer teñidas de púrpura sangrienta*, según la espresion de Pasquier. Esta era la existencia de aquella corte. Carlos IX y los señores que le rodeaban gastaban la energia de su alma en ejercicios corporales, en locuras y en raras extravagancias; el rey apostó con Chaulnes á que llegaría al cabo de un año á besar la punta de su pié; apuesta hecha seriamente, como aun consta en la biblioteca real entre los manuscritos de Bethune. Catalina de Médicis no descuidaba nada para aumentar esta mania de crímenes, esta extravagancia y depravacion de costumbres que favorecia sus designios.

Los movimientos de las potencias protestantes y católicas se mezclaban á todo este caos; tanto unas como otras procuraban hacer inclinar la balanza en su favor; ambas daban consejos contradictorios, que se escuchaban con intencion de seguirlos cuando se presentase la ocasion. Pero los deseos, las intrigas, los votos ardientes estaban necesariamente subordinados al curso de los acontecimientos, que nadie podia prever. ¿Por qué los historiadores más sabios olvidan esta máxima popular: el hombre propone y Dios dispone?

Cansada la corte del engrandecimiento de los calvinistas, buscó primero todos los medios de deshacerse de ellos; después trató de ganar tiempo, enseguida de negociar; tan pronto los combatía como los acariciaba. Pensó en ganarlos á su partido ofreciéndoles la libertad de conciencia; pero asustada con sus amenazas, volvió á caer en una desesperacion que, haciéndola volver á sus primeras ideas de esterminio, la obligó finalmente á recurrir á la matanza. Ahora bien: ¿esta matanza fué el objeto de una premeditacion de siete años? No, seguramente. ¿Comenzaron á ocuparse de ella desde la conferencia de Bayona? Sí, sin duda; y si no fué una cosa determinada, por lo menos se le debe tener como un designio vago, como lo manifiestan las palabras de los escritores contemporáneos, como Tavannes, Castelnaud, le Laboureur, Malthieu, Calignon, La Noue, Adriani, Dávila, Famiano y Estrada. «Las dos cortes, dice Estrada, se entendieron con respecto á los socorros que debian proporcionarse mutuamente para la estirpacion de las herejias, y con respecto á los remedios que habia que aplicar á los males de la religion en Francia.» Adriani que, según se cree, sacó los materiales de su historia del

diario particular de Cosme, gran duque de Toscana, habla con más claridad: «Concluyeron por atenderse á los consejos que el duque de Alba habia dado en Bayona, con arreglo al parecer del rey católico; y cuando se conoció la imposibilidad de hacer algo de otra manera que con la muerte de todos los jefes hugonotes, renovando en París las vísperas sicilianas, se siguió este consejo en 1572, tan pronto como la ocasion se presentó.»

Segun Dávila, que gozaba de la confianza de la reina madre, los medios que habia que emplear para estirpar la herejia se concibieron y determinaron en Bayona. Como el duque de Alba recomendaba sobre todo no perdonar á ninguno de los jefes, en atencion á que una cabeza de salmon vale más que cien ranas, la reina contestó: «Que adoptaria este partido en un caso desesperado; pero que primero trataria de evitar la efusion de sangre, y probar hacer entrar á los hugonotes en el seno de la Iglesia por la conciliacion y la dulzura.» Separáronse, prosiguió el mismo escritor, prometiéndose asistencia y socorro, pero reservándose obrar según las circunstancias que se presentasen, y pudieran modificar los proyectos de cada uno. «En la asamblea de Bayona, dice el autor de las *Memorias de Tavannes*, se resolvió que las dos coronas se protegieran recíprocamente, sosteniendo la religion católica, triunfando de los rebeldes, y haciendo de manera que los jefes de los sediciosos fuesen cogidos y ajusticiados.» Le Laboureur comentador de Castelnaud dice que «los hugonotes estaban advertidos de que la liga formada contra ellos estaba dispuesta á estallar después de la conferencia de Bayona.» Pasquier asegura que desde aquellas negociaciones se aumentaron las sospechas de los calvinistas, y que desde aquel momento procuraron que su organizacion militar fuese más fuerte y terrible.

¿Qué se puede oponer á esta asercion de los protestantes y de los católicos? ¿Se dirá que la liga de los príncipes no fuese más que un proyecto sin resultado, que el *Edicto de pacificacion* de 1570 fué dictado por un deseo sincero de conciliacion general; que los hugonotes abusaron de la indulgencia que se habia usado con respecto á ellos; que el matrimonio de Enrique de Bearne les inspiró una loca presuncion? Sea, pero esto no destruye los testimonios citados ya. Era necesario y natural, políticamente hablando, que los príncipes católicos se uniesen para destruir una herejia que les amenazaba en sus más caros intereses; esta liga prosperó, pero no era en su origen una concepcion imperfecta. Era natural por otra parte que las ideas de prudencia y humanidad, tal vez tambien de temor personal, se opusiesen á la ejecucion del plan concebido en Bayona; pues que, después de muchas incertidumbres, vacilaciones, pasos contradictorios, se recurrió, en fin, desesperados, al partido de la más atroz violencia; violencia aconsejada hacia mucho tiempo, tramada, meditada, pero considerada como último refugio. Era natural que ciertos caracteres disimulados y profundos no perdiesen nunca de vista el objeto propuesto.

Arbitro de las relaciones exteriores, envolviendo á la Francia en el sistema de la Reforma, teniendo en expectativa la independenciamunicipal de las provincias, y la gran existencia del feudalismo, forzando al rey á desarmar los ciudadanos de París, el calvinismo no aspiraba, sin duda, ni á derrocar al rey ni á destruir la monarquía, pero no por eso crecia menos su terrible poder, y era tanto para los católicos como para la corte un motivo de continuos terrores. Los protestantes de Alemania le servian de apoyo. Al mismo tiempo se elevaban por otra parte contra esta faccion el espíritu municipal de los ciudadanos, los mercaderes de París, los señores de la corte, los sacerdotes y casi todas las mujeres. En una carta que Coligny escribió al rey, se encuentran enunciadas muchas quejas; pero ¿hasta qué punto estos agravios eran fundados? El dinero que se les habia prometido no se les habia pagado; los católicos insultan á los protestantes; no se les hacen los honores que les corresponden, se les niegan los víveres, y dos de los suyos han sido muertos últimamente. Suponiendo que esto fuese cierto, y que la corte hubiese obrado de buena fe, ¿hubiera podido refrenar el ardor popular, tanto más, cuanto que los favores que concedía á los protestantes eran injuriosos para la muchedumbre? Se les juzgaba, y al mismo tiempo se les temia; situacion bien detestable, no habiendo nada más peligroso que ser temido de hombres que tienen poder.

Los hugonotes habian fundado, desde 1548 hasta 1559, su fuerza militar, y establecido sus predicaciones. Tratóse de derribarlos, primero con la persecucion, enviando á Ana Dubourg al suplicio, despues, haciendo caer en desgracia á todos los jefes protestantes. La casa de Lorena, atacada por la conspiracion de Amboise, habia hecho rodar cabezas en el cadalso. El tercer obrado habia procurado entrometerse, y moderar por una parte el movimiento calvinista, y por otra la persecucion de la ortodoxia: transaccion inútil que duró desde 1560 á 1561, sin terminar nada. Era inminente la guerra, porque mientras la antigua sociedad católica se irritaba con las concesiones hechas por la corte á la nueva creencia, los calvinistas estaban bien distantes de encontrarse satisfechos con aquellas concesiones. El acontecimiento de Vassy, la profanacion de San Medardo, los templos y los sermones invadidos tumultuosamente, los conventos y las abadías incendiadas, dieron la señal de aquella terrible guerra civil, que duró hasta 1562.

A este año es al que se refiere la célebre conferencia de Bayona. El último historiador de aquella época, Capestigue, concede «que el proyecto de deshacerse de los hugonotes por un medio cualquiera, fué concebido, y tal vez determinado, en aquellas negociaciones.» Se creia á los calvinistas tan fuer-

tes, que se pensaron los expedientes que había que emplear para destruirlos. La *destreza no vale nada*, exclamó Carlos IX en presencia del canciller Hospital. Es que habiendo recibido la impresión que le había transmitido el duque de Alba y Catalina, la ardiente y débil cabeza del joven rey pensaba en la matanza, cuya ejecución fué contrariada por más de una indecisión y de un obstáculo.

Los esfuerzos del tercer Estado para hacer adoptar ideas de conciliación, observar la fe jurada, moderar la violencia de los unos y la obstinación de los otros, no pudieron impedir la segunda guerra religiosa, que duró desde 1566 hasta 1570, sin otro resultado que hacer aguerridos á los calvinistas en los combates, y aumentar el furor popular. Cuando se organizaron en París para la guerra civil, los protestantes se acostumbraron al fanatismo guerrero. La corte de Roma se hizo dueña de la de Francia, y Pio V escribía á todos los príncipes de Europa, comprometiéndolos á sostener á Carlos IX. Si se comparan las palabras del jefe de la religión católica con las del duque de Alba, de Felipe II, de Catalina de Médicis, de Carlos IX, se reconocerá que la matanza de la san Bartolomé no fué más que la última explosión de una catástrofe preparada hacia mucho tiempo por la necesidad misma de las cosas y por la posición de las partes contrarias.

Verificóse hacia el año de 1570 una revolución en los ánimos que los indujo á la paz, resultado del cansancio general, después de una lucha sangrienta é inútil. Los exaltados murmuraban, la clase media se encontraba ofendida, y contra su voluntad era como los hugonotes deponían las armas: después de haber seguido la corte sucesivamente los impulsos de violencia, transacción, guerra declarada y mediación que había recibido de los Guisas, del tercer Estado, de la corte de Roma y del calvinismo, concluyó por ceder á la tendencia calvinista del consejo. Todo parecía concurrir á fines de 1572 á una paz religiosa; y si el proyecto de una gran matanza, meditado por espacio de varios años, subsistía aun, estaba abandonado por Carlos IX. Fué vuelto á adoptar cuando el protestantismo conquistó el poder, después del matrimonio de Enrique IV y Margarita; cuando el rey se vió, por decirlo así, sitiado por los hugonotes, hombres severos, inexorables y orgullosos; cuando el pueblo de París se irritó al aspecto de aquellos protestantes que entraban dentro de sus muros sin ir á misa, sin acudir á su antigua catedral; entonces fué cuando todo el interés popular se fijó en Enrique de Guisa, jefe de los católicos, todo el odio en Coligny, y en el rey que seguía sus consejos.

Desde aquel momento, un temor sordo se esparció por los ánimos; y Montluc no titubea en confesar en sus *Memorias*, que los hugonotes corrían grandes riesgos en aquella época. «Al saber las noticias de la corte, me repetía á mí mismo todos los días, que se halagaba demasiado á los hugonotes, y que habría ruido.»

En efecto, desde que la corte pudo comprender la emoción del vulgo, la ambición de los protestantes, el peligro que corrían, la admirable ocasión que se presentaba, debió recordar todos los ultrajes que había recibido, y meditar de nuevo los consejos que le habían dado en Bayona. Habiendo ofrecido entonces Coligny á Carlos IX, que cumplía entonces veinte y tres años, el apoyo de sus caballeros para emanciparse de la tutela de su madre, Catalina lo supo, y llegó á ser el motor definitivo de un acontecimiento pedido por toda la clase media católica. De todas partes llegan noticias anunciando los asesinatos en Orange y Rohan; y cuando cansado el rey de la dominación de su madre, seguía aun el ascendiente del grave y austero Coligny, el pueblo tenía sed de sangre, y los católicos pensaban en dar muerte de una vez á todos sus adversarios. ¿Cómo no sentir un poco de lástima en favor de un rey débil, joven y ardiente, colocado en una posición tan crítica?

El momento fatal había llegado: todos los historiadores italianos sostienen que en él tanto el hijo como la madre, fueron igualmente culpables; pero los historiadores franceses absuelven á Carlos IX para echar todo el crimen sobre Catalina. La fidelidad histórica nos prohíbe pasar en silencio algunos hechos que parecían probar la complicidad de Carlos IX. Dávila exalta el disimulo de Carlos, que «quiso primero hacer salir de Francia á los ejércitos extranjeros para derrocar más completamente á los jefes de la secta.» Matthieu, Mezeray, el padre Griffet son del mismo parecer. «El rey, dice Matthieu, resolvió vengar las ofensas hechas á su edad, su religión y á su corona, cortar con el hacha la raíz de la división y destruir á los jefes. Habiendo sido la prudencia convertida en gran disimulo, y la resolución conservada cuidadosamente en secreto, resultó el cruel y funesto día de los mártires de París.»

En este punto las relaciones diplomáticas llegan á ser importantes: por esta razón existe aun una correspondencia minuciosa entre la corte de Francia y la Mothe-Fenelon que negociaba en Londres un acomodo entre Catalina é Isabel, al mismo tiempo que un matrimonio de la reina de Inglaterra con el duque de Anjú ó el de Alençon. Mas la matanza se verificó en medio de estas negociaciones, sin que se dijese ni una palabra antes para templar la indignación de la orgullosa soberana. A la noticia del suceso, la Mothe-Fenelon escribió el embarazo en que estaba á la corte de Francia, y preguntó cómo podría salir de él. Sus despachos habían sido interceptados; véase lo que escribió: «Creo, señor, que ha sido muy á propósito que el dicho señor Quillegrey y M. Wilson hayan visto la referida carta, con objeto de quitar á unos y á otros la impresión que tenían de que fuese un acto proyectado hace mucho tiempo, acordado con el papa y el rey de España, de hacer servir las nupcias de vuestra her-

mana con el rey de Navarra para semejante ejecución, y coger á la vez á todos los principales de la dicha religión juntos; lo cual la referida carta demuestra cuán distante ha estado vuestra intención de esto, y como el caso ha sido fortuito y repentino.»

De esta manera se espresaba el 2 de setiembre: El 24 añadía: «Ella (la reina Isabel) se ha adelantado á diez ó doce pasos para recibirme, con un ademán triste y severo, pero siempre humano; y habiéndome conducido aparte á una ventana, después de haberse escusado un poco de la dilación de mi audiencia, me preguntó si era posible que fuesen ciertas tan estrañas noticias como se publicaban de un príncipe á quien amaba y honraba, y en quien había puesto más confianza que en nadie. Le contesté, señor, que á la verdad me condolía infinitamente de la parte en que vuestra majestad se veía precisado á aparecer culpable por un lamentable accidente, causándoos más sentimiento que ninguna de las cosas que os habían sucedido desde vuestro nacimiento. Le he contado ordinariamente todo el hecho segun la instrucción que tenía, añadiendo algunas advertencias que he creído necesarias, para hacerles comprender que en medio de dos peligros extremos tan repentinos, no os había quedado una hora de tiempo para remediarlo; de las cuales el uno era vuestra propia vida, la de la reina vuestra madre y los señores vuestros hermanos, y la otra un inevitable principio de turbulencias, peor que las pasadas; por lo cual os habeis visto precisado, con gran disgusto vuestro, no sólo á no impedir, sino á dejar hacer con la vida del almirante y los suyos lo que querían hacer con la vuestra, siendo suya la culpa de la sedición que ellos tenían ya dispuesta,» etc., etc.

Cuando Chateaubriand desempeñaba en Roma las funciones de embajador, se procuró la correspondencia de Gregorio XIII con el nuncio Salviati, y la comunicó á sir James Mackintosh, que hizo uso de ella en su *History of England*. Puede también consultarse á Sismondi, *Historia de los franceses*, tomo XII. Resulta, pues, que en el momento de la ejecución, el nuncio ignoraba absolutamente los proyectos de la corte de Francia (1).

Aunque el papa no supiese nada, ¿estaba Felipe II informado?

Cuando los franceses invadieron la España en tiempo de Napoleon, sacaron de los archivos de Simancas la correspondencia de Felipe II con sus agentes en Francia. Todos pudieron consultarla entonces, y Copefigue principalmente se sirvió de ella en la *Historia de la Reforma, de la Liga y del reinado de Enrique IV*; segun de ella aparece, también el rey de España ignoraba todas las maquinaciones.

Lo que por otra parte podía dar crédito á la suposición de que al menos había habido una trama, es un pasaje de una carta (la 186) del cardenal Ossat. Refiere en ella que en el momento en que solicitaba de la corte pontificia la disolución del matrimonio de Enrique IV con Margarita, Clemente VIII le refirió que cuando se trataba de este matrimonio se encontraba en la corte de Francia en calidad de auditor del cardenal Alejandrino, legado de Pio V; que este legado hacia toda clase de esfuerzos por disuadir á Carlos IX de aprobar la unión proyectada. «Pero que el rey le cogió un día por la mano y le dijo: «Señor cardenal, todo lo que me decís es bueno, doy gracias por ello al papa y á vos, y si tuviese otro medio de vengarme de mis enemigos no haría este matrimonio; pero no tengo más que éste.» Añadió Su Santidad que cuando llegó á Roma la noticia de la san Bartolomé, el referido cardenal Alejandrino dijo: ¡Alabado sea Dios! el rey de Francia me ha cumplido su promesa.»

Esto puede ser; pero cómo conciliar la premeditación de Carlos IX con el resto de su vida? En efecto, todo el mundo sabe con qué intimidación vivía entonces con Coligny: en las cartas que escribía poco antes de la matanza de San Bartolomé, se quejaba amargamente de la reina madre, de los favoritos italianos que la rodeaban, y de la especie de esclavitud á que se veía obligado á someterse. No es posible explicar tantas contradicciones sino por su carácter fogoso é inconstante. Descontento de la dominación materna, de los hugonotes, impaciente, ardiente, inquieto, capaz de las más violentas y contradictorias resoluciones, Carlos IX, tal como está descrito por los historiadores, ha podido prometer muy bien, por una parte, el exterminio de los hugonotes, y por otra, su apoyo y amistad á Coligny; luego, después de haber fluctuado incierto en una situación tan embarazada, abrazar de repente con furor el partido de la matanza. Nada pinta mejor la vacilación de su alma, que las palabras que pronunció cuando supo la noticia del asesinato intentado sobre Coligny: «Por amor de Dios, ¿es posible que no tenga yo una hora buena?»

El que Catalina de Médicis y el duque de Anjú encargasen á Maurevert asesinar á Coligny, lo prueban las confesiones del mismo duque en su relación que se encuentra después de las *Memorias de Villeroy*, en la colección de Petitot. Asegura, pues, haber él mismo, en unión de su madre, hecho asesinar á Coligny, porque le arrebatada todo el ascendiente en el corazón del joven rey. Pero como se había errado el golpe, y el almirante se aprovechaba de él para arruinarlos enteramente, resolvieron ensayar de nuevo el deshacerse del jefe de los calvinistas: no ya en secreto, lo que no hubiera sido posible, sino descaradamente. Inventaron, pues, la noticia de una conspiración de hugonotes, y se sir-

(1) LIBRO, *Hist. de sciences mathematiques en Italie*.